

racion el motor primero, el pensamiento; mientras Sciarra, menos sabio pero mas fuerte, era el motor segundo, la pasion. Mostrábase en aquel la causa primera de esta grande maniobra antipontificia; y en este la causa ocasional. Hasta cierto punto tenia razon Sciarra; Bonifacio lo sitió en Palestrina, lo sujetó por convenio, y luego lo trató y lo acorraló como á una fiera. Los piratas le cautivaron, y sin la conmiseracion del rey de Francia, pasara su vida en las mazmorras y en las galeras. Iba pues Nogaret á Italia en pos del cumplimiento de una idea; y Sciarra en pos de la satisfaccion de una venganza. Su empresa contra el Pontífice nada tenia que ver con las empresas de los emperadores germánicos. Estos, tratando al Papa de igual á igual, iban con gran golpe de gentes á Roma; luchaban con ardor en épicas porfías; concluyendo, ó bien por un pacto político, ó bien por un concordato religioso. Los pobres reyes feudales de principios del siglo décimocuarto no podian tener ni la tradicion ni la autoridad ni el poder de los grandes emperadores de Alemania, que llevaban sobre sus sienes la corona de Carlo-Magno, último resto de la brillante corona del antiguo imperio. Necesitaban, como débiles que se sentian á la sazón, necesitaban mas de la astucia que de la fuerza. Así no iban á Italia como conquistadores; iban como conjurados. El arma del dinero les sirvió mucho tambien para la realizacion de su intento; y llevaban cartas para la casa de Pertozzi, banquero florentino, á fin de que les procurase todos los fondos necesarios á su empresa. Con estos fondos compraron á muchos partidarios del Papa, á muchos caballeros güelfos de la campiña romana, y á muchos guardadores de la ciudad de Anagni.

¿Dónde habia de estar Bonifacio VIII mas seguro que en la poblacion, cuna de su vida, hogar de su familia, habitacion de sus favorecidos conciudadanos? Pertenece el antiguo Cardenal Gaetani y luego Papa Bonifacio á la estirpe de esos hombres, que emplean grandes medios y sublevan tumultuosas pasiones para conseguir luego misérrimos resultados. Nadie hubiera dicho que quien deseaba poner todos los reyes bajo las maternales alas de la Iglesia, como lleva la gallina sus polluelos, divirtiendo la actividad de este grande blanco de sus deseos, la convirtiera meramente á granjearse partidarios en su ciudad natal por medio del mas escandaloso nepotismo. Veinte y tantos hijos de Anagni coronó con mitras de Obispos y Arzobispos.

Innumerables caballeros de Anagni erigió en ricos propietarios feudales. Entre muchos campesinos distribuyó la doble clase de favores provenientes de su doble autoridad religiosa y política. Y sin embargo, en esta tierra de su predileccion, estaba el nido verdadero de las traiciones. Sin los traidores, nunca llegaron á la toma de la ciudad pontificia, y nunca viera la historia la terrible escena trágica que vamos á contar; fin verdadero y último del antiguo pontificado, tal como desde el día de la Natividad del año 800, lo habia visto el tiempo y lo habia adorado el mundo.

Era el año 1303. Nogaret y Sciarra tenian ya escrito su plan y arreglada su conjuracion. Innumerables caballeros gibelinos tomaban parte en la empresa. Tres favoritos del Papa traicionaban á su favorecedor; el podestá, el capitan, y el mariscal de la ciudad de Anagni. En el mismo colegio cardenalicio se deslizó el contagioso odio; y Ricardo de Siena y Napoleon de Orsino encabezaron tambien la irreverente maniobra. No habian menester los conjurados de mucho golpe de gente. Seguros de que la traicion les abriria las puertas de la ciudad papal, no necesitaban prepararse para un sitio muy largo, y fiábanlo todo á la reserva y á la sorpresa. Corria la noche del 7 al 8 de setiembre; y en las sombras se deslizaban los enemigos del Papa, cuando, allá al amanecer, desplegaron la bandera de Francia y dieron el grito de «muera Bonifacio.» Levantáronse las gentes de la ciudad estupefactas; salieron á las ventanas, bajaron á las calles; pero sin ánimo ni de socorrer al Pontífice ni de castigar al rebelde. Al contrario, la milicia ciudadana se congregó en torno de Nogaret, que con aire imperioso y marcial, en palabras breves y fuertes, anunció cómo venia, en nombre del rey de Francia, su señor, á protestar contra las disposiciones del Papa y á pedir la reunion inmediata de un Concilio, destinado á juzgar de las conocidas querellas entre el poder civil y el poder religioso, y someter este á una regla bastante dura para impedirle toda extralimitacion de sus facultades religiosas y de su autoridad espiritual. La entrada en la ciudad pontificia podrá parecer una maniobra mas ó menos arriesgada; pero las palabras de Nogaret aparecerán siempre como un programa esencialmente revolucionario. El ruido de las armas, el grito de las gentes, el terror que reinaba en el palacio, despertaron al Pontífice, cuya prosecta edad de ochenta años en nada habia disminuido un valor

que rayaba en coraje y una audacia que rayaba en temeridad. Requirieron cuantos le rodeaban las armas y prepararon la defensa. Sciarra, antes de comenzar el combate, dió nueve horas á Bonifacio VIII para que meditara estas dos resoluciones: como rey la vuelta y reintegracion de los Colonnas; como Papa la entrega de su autoridad al Concilio. Un temperamento cual el temperamento de Bonifacio VIII no tenia necesidad ninguna de meditar mucho tiempo para decidirse por la mas rotunda negativa, y unos conjurados, como los que cercaban la casa del Papa, no tuvieron que aguardar mucho tiempo, despues de la negativa, para emprender el asalto. La lucha fué terrible, y con razon recuerda un historiador ilustre los mil combates empeñados en torno de la casa de Príamo, y los compara con este gran desacato. Cruzábanse las armas; corria la sangre; comenzaba el incendio; tras las puertas caian los heridos; por las escaleras yacia un gran número de cadáveres: todo era lucha y desolacion. Aquella guerra no podia prolongarse mucho tiempo. La decision de la victoria se encontraba en pocos esfuerzos y en pocos momentos. Un palacio sitiado por tanto número y defendido por tan escasa fuerza debia caer muy pronto. Y así, el viejo Pontífice se vió abandonado, pues hasta sus familiares corrieron y se pasaron al enemigo. Y, entre tanto clérigo como habia favorecido, entre tanto Cardenal como habia hecho, entre tanto Obispo como habia consagrado, solo dos príncipes de la Iglesia quedaron junto á él; Nicolás Bocasini de Ostia, y Pedro de la Sabina, natural de España. No hubo mas remedio que rendirse. Terrible y pavoroso espectáculo aquel. Fuera una multitud en armas encabezada por hombres movidos del fanatismo que engendra las grandes supersticiones y de las iras que engendran las grandes venganzas; en torno una ciudad, toda del Papa, que debiera encenderse en cólera, y que mostraba fria indiferencia, tan asoladora y nefasta como el mismo incendio; en las puertas y escaleras del palacio los moribundos despidiendo en los últimos estertores los postreros relámpagos de la vida y los muertos manchándolo todo con su sangre; y allá en el último asilo, cerca de las llamas que por un lado corrian y cerca del combate, que por otro lado se acercaba, silencioso, majestuosísimo, sereno, la frente surcada por las ideas, los ojos enardecidos por la fiebre, el anciano Pontífice bajo su dosel, sobre su trono, envuelto en la púrpura imperial ceñido de la tiara

pontificia, en la una mano el báculo con que dirigia como sacro pastor á los pueblos, en la otra mano las áureas llaves del cielo; imágen fidelísima de indecibles glorias y de innumerables grandezas. Los rebeldes, al entrar y verlo, retrocedieron por un momento, cual si hubieran visto en una sola personalidad la antigua gloria de todo el poder pontificio. Pero pronto la pasion se sobrepuso á todo; y el odio eterno recobró su imperio sobre el fugaz y ocasional remordimiento. Sin pensar quiénes eran ellos ni quién era la alta persona objeto de sus ultrajes, notificáronle de palabra las irreverencias que le dijieran por escrito, y á las cuales contestó ó con breves frases ó con majestuoso silencio. Y entonces Sciarra cogió al Papa del brazo, arrancóle al solio, y arrastrándolo hasta el pié de un altar cercano, hizo rodar báculo, llaves, tiara, y tendió por el suelo, conspuído, roto, deshecho, no á un Pontífice, á todo el Pontificado.

Tal triunfo de la rebelion y tal derrota de la autoridad demuestran cuánto habian decaído, y cuán á lo profundo habian bajado las instituciones pontificias. Tanta hechura del favor papal, los caballeros enriquecidos por sus larguezas; los obispos consagrados por su arbitrariedad; el pueblo mismo con tantas y tan extrañas gracias distinguido no guardaron aquella fuente inagotable de honores y de riquezas. El Papa cayó en poder de sus enemigos, como cualquier vil mercancía en poder de pirata ó de ladrones en cuadrilla. Enceráronle en su propia vivienda; y allí estuvo tres días y tres noches sin pegar los ojos, como desvelado por la rabia y sin tomar bocado como temeroso de sacrílego envenenamiento. Muriera el Papa, sin el socorro que á la madrugada del 10 de setiembre le llevó el cardenal Fieschi, sublevado contra la increíble irreverencia y venido desde Roma rápidamente á redimir al cautivo y á castigar á sus carceleros. La inconstante poblacion prestó mano fuerte contra los mismos á quienes dejara cometer tantos sacrilegios, coadyuvando así á rescatar al preso y á perseguir á los apresadores. Pronto se vió el encarcelado libre y los carceleros fugitivos. Las gentes corrian á saludar al Papa, á besarle los piés, á cubrirle de lágrimas las manos; pero su natural severo no se persuadió á olvido, ni se dobló á ternura por tales tardías demostraciones, dejando pronto la ciudad proterva y volviendo al palacio de Roma. El camino de ciudad á ciudad apareció lleno de peligros; y á cada paso los Colonnas

hubieran recogido nuevamente su presa, de no llevar, como custodia indispensable, tanta gente armada. En la campaña de la capital esperábanle cuatrocientos jinetes que le dieron escolta; dentro de los muros el pueblo que le acompañó en procesion; y allá en el Vaticano mil objetos que le recordaban su antiguo poderío y como que le reconvenian por haber atraído sobre sus incommensurables grandezas tanta y tan profunda vergüenza. Así, cuando Bonifacio llegó al Vaticano y se tendió en su lecho, parecia un cadáver que se ajustaba á su ataud. Y, en verdad, aun le quedaban que apurar mayores amarguras, como salir de manos de los Colonnas para caer en manos de los Orsinos, como cambiar enemigos violentos por enemigos hipócritas, mucho mas repugnantes y mucho mas contrarios á su exaltado natural; como ceder en lo único que podia satisfacerle en el cumplimiento de sus venganzas. Quiso mandar y nadie le obedeció, porque los fuertes se hallaban en poder de los Orsinos y la ciudad leonina erizada de guarniciones y armas traídas allí para contrastar la voluntad del Papa; quiso llamar en su socorro á Cárlos de Nápoles y le interceptaron las cartas; quiso trasladarse del palacio Vaticano al palacio Lateranense y no le dejaron salir sus guardianes hasta que, amargado por tantos dolores, herido por tan crueles golpes, rebajado á sus propios ojos en la comparacion continua entre la dignidad recibida del cielo y la humillacion á que le condenaban en la tierra, desesperado por los sufrimientos que le daban su sobra de rabia y su falta de venganza, se exaltó hasta el frenesí de una demencia súbita y encerrándose en su cámara estrelló contra la pared aquel cráneo que habia llevado con tan desmedido orgullo la gloriosa tiara de San Pedro. Y en él comenzó verdaderamente la desorganizacion del Pontificado, tal y como lo entendiera hasta entonces la Edad media.

CAPÍTULO IV

CONSECUENCIAS INMEDIATAS DE LA DECADENCIA DEL PONTIFICADO Y DEL IMPERIO

Larga, secular formacion la de estas grandes instituciones. El Pontificado comienza con los siglos primeros de la Iglesia; y llega á su mayor altura dos siglos antes de concluirse el gran período histórico denominado Edad media. Desde el tiempo en que el obispo San Clemente echa las bases de la supremacía eclesiástica de Roma, hasta la irrupcion de los bárbaros en que Roma, por virtud de sus Pontífices, alcanza tanto influjo moral, centenares de años han trascurrido y profundas trasformaciones se han verificado, para que la nueva institucion se erija en madre, maestra, señora de todas las instituciones fundamentales y civilizadores. La tendrá en tutela el Imperio bizantino; la combatirá con ardor el espíritu arriano; los lombardos de un lado y de otro los tenaces ostrogodos querrán disputarle tierra y poder; pero la Santa Sede, levantándose sobre todas las autoridades por su fuerza intelectual y moral, rehará el Imperio, entregándole el cuerpo, mientras ella se quedará con el alma de la sociedad cristiana. El Papa, que absuelve á Pipino de sus usurpaciones antes de comenzar el siglo noveno; y aquel otro que pone en la Navidad del año 800 la corona imperial sobre las sienes de Carlo-Magno; y aquel que obliga al Emperador Enrique IV á ir de rodillas hasta el palacio de Canosa; y el que promueve la liga lombarda contra Federico Barbaroja; y el que somete la casa de Suabia al Pontificado y educa al gran Federico II que debia luego volver sus garras imperiales contra la Iglesia; todos estos Papas, no obstante los combates continuos, á que se ven con frecuencia condenados,